

1. El Día de la Marmota

*Es nuestro tiempo tan extraño y violento.
Parece que es el fin y solo es un comienzo.*

AMARAL

Eran las 12:00 del mediodía del primer domingo de mayo y en el ambiente se notaban los 29 grados. «Hace un sol de justicia», pensó Andrea. «Pero ¿de dónde debe venir la expresión?», se dijo. «Seguro que de nada bueno, de algún tipo de castigo o tortura».

Como la que sentía ella en aquellos momentos, a pesar de que no había ni una sola nube en el intenso azul de su amado cielo mediterráneo, algo que de tan buen humor le ponía siempre. Pero ese día, no.

—¿Quién conduce? —había preguntado Marc a la hora de salir.

—¿Conduces tú hoy, por favor? —respondió ella algo suplicante.

—Mamá, ¿me dejas ir delante? —dijo entonces Gabriela.

—Sí, cariño, claro.

Así que, mientras Marc y Gabriela charlaban alegremente del extraordinario día que hacía y de quién de los dos se atrevería a darse el primer baño de la temporada en la piscina del jardín, Andrea iba sentada detrás sumida en sus pensamientos.

En apenas 20 minutos llegarían a casa de Cristina, su hermana mayor, en el Maresme —a unos escasos 30 kilómetros al noreste de Barcelona— para la comida de celebración de su sesenta y dos cumpleaños. Habían pasado dos años exactos desde el día en que ella le había pedido ayuda para su hijo Javier. Pero parecía que hubiera pasado mucho más tiempo. El mundo entero había cambiado, parecía que se había vuelto loco, aunque en el día a día pareciera que todo siguiera casi igual. Pero ese día Andrea se sentía extraña. Y no sabía exactamente por qué.

Quizá por ello, ese viaje en coche lo estaba sintiendo tan raro. Le parecía un *déjà vu* o un viaje al pasado. Una intuición singular la tenía revuelta. Con el estómago del revés. Y ella sabía lo que eran normalmente las intuiciones: percepciones sutiles que su cerebro había captado y todas sus células expresaban, pero que su consciencia no había sido capaz aún de racionalizar, de etiquetar a través del lenguaje. No le ponía nombre porque no entendía lo que su propio cuerpo le estaba queriendo decir. Pero lo que fuera, estaba ahí.

Saber que su cerebro y su cuerpo habían detectado algo que, a ella, a su yo consciente, se le estaba pasando por alto, la intranquilizaba aún más.

Empezó a intentar analizar la situación. Iba a ser la primera vez en volver a celebrar algo en el jardín de Cristina, desde la última gran comida allí, dos años atrás, todavía con el abuelo Ricardo.

Algo más de un año hacía ya de su pérdida. Pero como su maldita enfermedad lo había arrasado, en realidad sentía serenidad al recordarle, porque ya no sufría. Así que no creía que fuera eso lo que la tenía removida de esa manera.

Aquella comida también había sido esa que acabó desembocando en aquel magnífico viaje a Nepal.

Sentía añoranza de aquella gran aventura en la que tanto había compartido con su sobrino y ahijado. Habían caminado y conversado durante quince días por las cimas del mundo y eso les había unido con un pegamento indestructible. Lo sentía en la piel. Pero no, tampoco era eso lo que la tenía inquieta.

Además, aunque el año anterior no habían podido volver a viajar juntos como hubieran querido, todo el equipo viajero se había mantenido en contacto más o menos regular y haciendo planes para el primer verano en que pudieran volver a viajar juntos. Y parecía que ese próximo verano, que ya se insinuaba con el calor que hacía, iba a ser el bueno.

Por otra parte, todo parecía estable con Javier, que llevaba desde marzo funcionando con éxito como director comercial de su organización. Y, también desde entonces, él y Laura se habían ido a vivir juntos por fin. Así que tampoco era eso.

Sin embargo, ese algo que no sabía decir qué era seguía ahí.

Quizá tenía que ver con que su amiga Ainara había enviado en la última semana varios *whatsapps* al grupo proponiendo, como todos venían reclamando desde hacía ya semanas, un primer encuentro para empezar a concretar y atar cabos de ese nuevo viaje. Y todos menos Javier habían respondido a la llamada. Él no solía responder nunca de inmediato, pero al final siempre lo hacía. Menos en esta ocasión.

Sin acabar de resolver el misterio, de pronto su hija le abrió su puerta para que bajara.

—Venga, mami, ¡vuelve de donde estés, que hemos llegado! —le dijo Gabriela, que la conocía bien.

Todavía medio ida, bajó del coche mecánicamente y se dirigió a la puerta de entrada. Le bastó con ver de pronto a su hermana Cristina sonriéndole para reconectarse con la realidad.

—Holaaaaaa, ¡felicidades, preciosa! ¡Qué ilusión volver a tu casa! ¡Y qué pedazo de día increíble has encargado para tu celebración de cumpleaños, qué maravilla! —le dijo Andrea, dándole dos enormes besos y un abrazo, y entregándole además una preciosa y enorme orquídea azul. Marc y Gabriela la siguieron con los besos, los abrazos y las felicitaciones.

—¡Ummmmm!, ¡y qué bien huele, cuñada! ¿Encima nos estás haciendo una de tus superpaellas? —exclamó encantado Marc—. Pues he traído unas botellas de un vino blanco espectacular ya frío que iban a ser para el aperitivo, pero creo que mejor las guardo para el arroz, ¿te parece?

—¡Bienvenidooooossss, graciaaaaassss! ¡Y, claro, Marc! ¡Sabía que no me fallarías con el vino! ¡Ya sabes dónde está la nevera! ¡Y los enfriadores para cuando lo saques a la mesa! —respondió Cristina feliz—. ¡Qué alegría teneros de nuevo aquí por mi cumple! ¡La abuela ya está aquí también, la han traído Javier y Laura con ellos! ¡Por Dios, Gabriela, cariño, pero si te vi hace menos de un mes y me parece que has crecido un palmo! ¡Qué barbaridad, qué mayor y qué preciosa estás! —dijo la cumpleañera, dando un nuevo beso a su sobrina, cogiéndole la cara con las dos manos—. ¡Pero pasad, pasad, por favor! Podéis ir directamente al jardín. ¡Comeremos allí, que el día lo merece!

Andrea decidió descartar, o al menos aparcar, todos sus pensamientos intrusos y centrarse en disfrutar de su familia, de la celebración y del día.

Una vez fuera, siguieron los saludos, los besos y los abrazos con el resto de la familia alrededor de la mesa preparada ya con el aperitivo, bajo una gran sombrilla de brazo articulado en medio del césped. No faltaba nadie de los que podían estar: la abuela Amparo, Cristina, su marido Carlos, sus dos hijos más pequeños (aunque ya no tan pequeños), su hijo mayor, Javier, su pareja, Laura, y Marc, Gabriela y Andrea. Diez en total. La última vez había faltado Laura. Este año no.

A pesar de que la ausencia del abuelo era evidente, nadie la comentaba, no hacía falta. En realidad, estaba presente para todos. Y siempre lo estaría.

Al cabo de un rato, de la forma más cariñosa posible, Cristina le echó su brazo sobre los hombros a Andrea, como tantas y tantas veces hacía.

—Hermanita, ¿me ayudas con los últimos detalles de la comida mientras los demás acaban con el aperitivo? —le dijo, indicándole con un leve movimiento de cabeza la dirección de la cocina, dentro de la casa.

—Claro, ¿qué más has previsto para acompañar el arroz? —respondió ella natural, cogiendo a su vez de la cintura a su hermana y empezando a andar hacia dentro.

—Algo de picoteo, ya sabes: un poco tomate aliñado con cebolleta tierna y bonito, unos huevitos de codorniz rellenos, unas navajas, un poco de jamón de bellota... Nada, cuatro cosas. ¿Te apetece algo más en especial? También tengo en la nevera foie y salmón, pero me ha parecido que esto hacía más ambiente primaveral y que ya era suficiente, ¿no? —contestó Cristina, también de forma sencilla, cogiendo a su hermana del brazo al entrar y señalando lo que ya tenía en marcha.

Andrea miró los preparativos: había dos bandejas de cada uno de los entrantes, perfectamente ordenados, sobre la mesa de la cocina.

—Jolines, ¡qué pinta tiene todo! Como siempre, has previsto cada plato hasta el último detalle. Estoy segura de que todo está exquisito y de que ¡hay cantidad más que suficiente para alimentar a un regimiento entero... o a dos! —bromeó cariñosamente—. Yo no pondría nada más, la verdad.

Se pusieron a organizar los platos, las copas y los cubiertos de todos y, en ese momento, la mayor de las hermanas Mir le preguntó suavemente a la pequeña:

—Oye, Andrea, ¿tú cómo ves a Javier últimamente?

Ella dejó lo que tenía en las manos y se giró hacia Cristina para mirarla a los ojos.

—¿De verdad me estás preguntando eso? No me lo puedo creer —dijo riendo de forma nerviosa y moviendo la cabeza de un lado a otro—. Esto parece el Día de la Marmota, no me fastidies. Llevo toda la mañana, viaje en coche incluido, con una sensación rarísima, pero no sé bien a qué es debida... En fin, ¿qué le ves tú? ¿Y por qué me preguntas si lo que quieres es contarme algo directamente? ¿Por qué no hablas tú con él sin más, que eres su madre? —Y tras una pequeña pausa—. Anda, dispara, venga.

—Lo siento, ya sé que parece que me he propuesto amargarte cada año esta celebración familiar, pero es que desde hace cosa de un mes hablamos mucho menos por teléfono y cuando lo hacemos me responde con monosílabos. No soy capaz de hablar con él de nada. Y ya sé que eso, en mi hijo, solo significa una cosa... —dijo Cristina segura.

—... Que hay algo que le preocupa mucho, que no sabe cómo resolver y de lo que no quiere que nadie sepa nada. Y que hace que se encierre en sí mismo, ¿no? —continuó Andrea.

—Ni más ni menos. Y, hoy al verle, lo he confirmado. Es sutil, pero está como un punto ausente, con la cabeza en otro sitio. Sí, ha sido cariñoso con sus hermanos y con nosotros al vernos... Al fin y al cabo, hace dos meses que ya no vive en casa y nos debe añorar un poco. Pero no habla de nada en concreto. Tú le conoces como yo y seguro que también lo has notado —siguió Cristina.

—Bueno, casi no me has dado ni tiempo. Apenas he comido una oliva y una patata y ya me has traído aquí a la cocina, hija —se quejó divertida Andrea.

—Ya sé que no debería preocuparme tanto por él, es adulto. Pero hace dos años le fue tan bien contigo —se disculpó Cristina, ladeando la cabeza, lo cual significaba que a la vez le estaba pidiendo que hiciera algo.

—Vale, vale, intento hablar con él, te lo prometo —aceptó Andrea—. Pero, a cambio, a mí me pones todas las alcachofas del arroz, ¿trato?

Cristina no pudo evitar una vez más reírse con las sutiles bromas que su hermana pequeña siempre era capaz de encajar incluso en los momentos más delicados.

La comida transcurrió en un ambiente distendido y agradable con el que todos disfrutaron. Después de los postres, el pastel, el cumpleaños feliz y los regalos, poco a poco, todos se fueron dispersando y tomando diferentes posiciones en el jardín para la siesta. Todos menos, por supuesto, Marc, Gabriela y los primos de su edad, que fueron directos a la piscina. Marc era muy niñoero y, siempre que podía, jugaba con ellos.

Y mientras estos hacían las delicias del resto de la familia desde la piscina, simulando coreografías de números de natación sincronizada, Javier de pronto entró en la casa para salir al cabo de unos minutos con su bañador y sus gafitas de natación puestas. Era alto y tenía cuerpo de deportista. Andrea, que no dejaba de observarle, visualizó el momento ideal para hablar con él.

Así que mientras Javier, como gran nadador que era, hacía unos largos en esa piscina que conocía tan bien y que seguro echaba de menos ahora que vivía en su propio apartamento de 90 metros cuadrados en Barcelona ciudad, Andrea también fue a ponerse su bikini, para sentarse luego en el borde la piscina, junto al lugar donde él hacía sus giros y donde esperaba que acabara su tanda. Marc no perdió oportunidad:

—¿Qué, mamá?, ¿te atreves?! ¡No está tan fría como parece! —dijo divertido, haciendo gestos de dolor con la cara, moviendo las manos como si temblara y poniendo una voz que simulaba tiritera total.

—¡Creo que por ahora me conformo con mojarme los pies y tomar un poco el solete! ¡Igual luego me animo! —respondió Andrea cariñosa.

—¡Venga, mami, báñate, porfaaaaa! ¡Y te dejamos que seas Ona Carbonell o Gemma Mengual en el equipo! —le gritó también Gabriela.

—¡Jajajaja!, ¡gracias, mi amor! ¡Prometo hacerme un moño y ponerme una pinza de la ropa en la nariz, pero sabes que soy una friolera y primero necesito hacerme a la idea y acumular calor! —exclamó divertida Andrea a su hija—. ¡Id eligiendo canción y coreografía!

Javier acabó su tanda al cabo de unos 30 minutos. Al levantar la cabeza, se encontró con su tía Andrea sentada justo delante de él.

—¿No te metes? Está buenísima —le dijo quitándose las gafas de nadar, a la que vez que salía, cogía su toalla y se secaba la cara.

—Oye, ¿a ti qué te pasa? —le soltó a bocajarro ella, con voz ligeramente baja para que los demás no lo oyeran. Había decidido durante la espera que, aunque no era el tipo de presión que él apreciaba más, no tenía tiempo para historias y consideraba que ya estaban en ese punto de confianza en su relación.

—¿Qué quieres decir? —respondió él sin mucha convicción. No sabía mentir en absoluto, era mal actor.

—Venga, déjate de rollos. Tu madre te ha pillado a la legua y yo un poco menos, pero también —dijo Andrea directa, sin filtros, levantándose del borde de la piscina en el que estaba sentada y poniéndose de pie frente a él con las manos en jarras—. Ella me ha dicho que hace como un mes que estás más raro que un perro verde y yo sumo a eso que has dejado de responder a los *whatsapp*s del grupo del viaje de verano.

—Caramba con el radar de las Mir —contestó él, apartando la mirada para ganar tiempo en la respuesta—. No es nada, solo estamos con muchos cambios en la concesión, tengo muchísimo trabajo y estoy un poco estresado. Como todo el mundo, vamos.

—¿Muchos cambios? —parafraseó Andrea, ladeando la cabeza buscando sus ojos, sabiendo que era la mejor manera de poner en acción su escucha activa y de provocar una respuesta algo más detallada.

—Bueno, digamos que... han jubilado por la vía rápida al gerente —confirmó Javier, mirándola de frente, sabiendo que no tenía sentido alargar la cuestión ahora que ya le habían pillado.

—Ya veo, «por la vía rápida», ¿eh? ¿Y cómo te ha afectado a ti eso? —volvió a preguntar Andrea, que no soltaba cuerda y no le iba a permitir irse de rositas así, simplemente lanzando un titular vago.

Javier dudó un segundo, pero tras respirar profundamente y sabiendo que a su tía Andrea no podía (¡y no quería!) ocultarle nada, dijo:

—Desde el 5 de abril, de forma oficial soy el nuevo gerente y mantengo además la responsabilidad sobre el área comercial. Dos por el precio de uno. Y nunca mejor dicho —respondió él, con una mueca de cinismo—. Han amortizado un puesto. Hala, ya está dicho. Y el encargo es que debo sacar a la organización de los números rojos este año, sea como sea —dijo, resaltando a ritmo lento y con tono grave las últimas tres palabras.

Andrea se contuvo unos segundos antes de responder. Eso era. Estaba claro. Comprendía que, para una persona con el estilo relacional de Javier, una responsabilidad y un proyecto así (primera línea de fuego de verdad y un papel en blanco por escribir, entregados de pronto y sin una hoja de ruta ni pautas claras), no eran un motivo de alegría, sino de preocupación más que de ocupación. Así que él no esperaba una felicitación. Por eso tampoco lo había contado a la familia como una nueva noticia o un éxito que celebrar.

—Ya veo. Y sé que no lo esperas porque no lo vives como un logro, pero, en primer lugar, enhorabuena, Javier —le dijo su tía lenta, afable y ceremoniosamente—. Y ¿qué plan tienes?

—¿Plan? —dijo lanzando un bufido—. Estoy en ello. Llevo un mes revisando y comprendiendo primero todos los números de todas las áreas. —Paró un segundo

y tomó aire—. Pero lo que tengo claro es que este año no me puedo ir de vacaciones seguro —soltó Javier, apartando rápidamente la mirada de Andrea.

¡Booooooom! Ahí estaba, esa era la bomba. Ahora sí, el paquete estaba completo. Eso era lo que ella había intuido y la razón por la que no había respondido a los últimos *whatsapps* del grupo de viajeros.

Javier, sin esperar a más, se dio media vuelta y empezó a andar hacia la casa envuelto en su toalla para cambiarse, mientras Andrea, aún de pie junto al borde la piscina, seguía absorta en lo que acababa de escuchar, con la mirada perdida mientras le veía alejarse. Tanto que no vio acercarse ni a Marc ni a Gabriela que, de pronto, la sacaron de su mundo para lanzarla de golpe al agua, que estaba realmente fría.